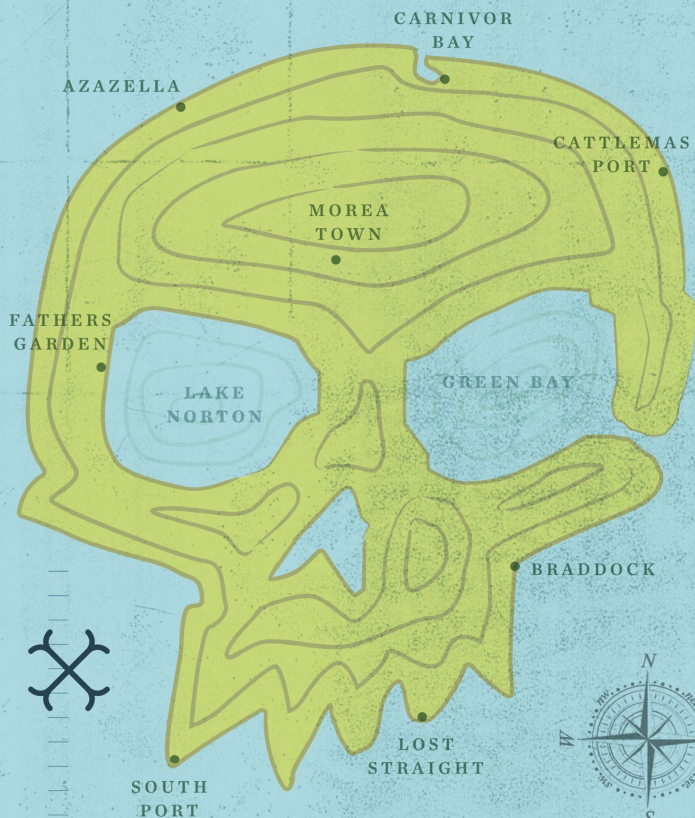


LA ISLA DEL DOCTOR MOREAU



H.G. WELLS

booker

H. G. WELLS

LA ISLA DEL DOCTOR MOREAU

Traducción

José C. Vales



CAPÍTULO 1

En el bote salvavidas del Lady Vain

No tengo ninguna intención de añadir nada a lo que ya se ha escrito sobre el naufragio del Lady Vain. Como todo el mundo sabe, el barco colisionó con un pecio abandonado tras diez días de navegación desde Callao. La chalupa grande, con siete miembros de la tripulación, la rescató dieciocho días después el buque cañonero Myrtle, y la historia de sus desdichas casi se ha hecho tan famosa como las del caso, mucho más terrible, del Medusa. Sin embargo, ahora yo tengo que añadir a la historia publicada y conocida del Lady Vain otra igual de espantosa, y desde luego mucho más extraña. Hasta ahora se ha creído que los cuatro hombres que subieron al pequeño bote salvavidas murieron, pero eso no es cierto. Tengo la mejor prueba para fundamentar esta afirmación: yo soy uno de aquellos cuatro hombres.

Pero, en primer lugar, debo dejar bien claro que nunca hubo cuatro hombres en el bote salvavidas: solo éramos tres. Constans, a quien «el capitán vio saltar a la barca» (*Daily News*, 17 de marzo de 1887), afortunadamente para nosotros y desafortunadamente para él, no pudo lle-

gar hasta el bote. Cuando bajaba de la maraña de cabos que había bajo el estay del bauprés destrozado, se le enredó una cuerda en el tobillo y, durante unos minutos, quedó colgado boca abajo, y luego cayó y se golpeó con un trozo de mástil que estaba flotando en el agua. Remamos hacia él, pero no pudimos hacer nada.

Como digo, afortunadamente para nosotros no pudo alcanzarnos, y casi podría añadir que afortunadamente para él también, porque solo teníamos un pequeño barril de agua y algunas galletas marineras empapadas... así de repentina había sido la alarma y así de mal preparado estaba el barco para afrontar cualquier desastre. Nosotros pensamos que la gente de la lancha estaría mejor aprovisionada (aunque al parecer no era así) e intentamos llamarlos a gritos. No nos oyeron y, a la mañana siguiente, cuando dejó de llover —cosa que no ocurrió hasta pasado el mediodía—, ya no había ni rastro de ellos. Ni siquiera podíamos incorporarnos para mirar a nuestro alrededor por culpa del cabeceo del bote. El mar se erizaba con grandes olas y ya teníamos bastante labor con mantener la proa del bote frente a ellas para no volcar. Los otros dos hombres que habían conseguido escapar conmigo eran un tal Helmar, pasajero del barco, como yo, y un marinero cuyo nombre desconozco, un hombrecillo pequeño, robusto y tartamudo.

Estuvimos navegando a la deriva, muertos de hambre, y, cuando el agua que teníamos se terminó, nos vimos atormentados por una sed espantosa durante ocho días enteros. Al segundo día el mar se fue calmando poco a poco

hasta convertirse en un espejo inmóvil. Es imposible que un lector común pueda imaginar cómo fueron aquellos ocho días. Afortunadamente para él, no tiene nada en su memoria con que poder compararlo. Después del primer día, casi no nos dirigimos la palabra y ocupamos nuestros sitios en el bote mientras mirábamos el horizonte o escrutábamos, con ojos cada vez más grandes y demacrados, el sufrimiento y la debilidad que se apoderaban de nuestros compañeros. El sol caía implacable. El agua se acabó el cuarto día y para entonces ya estábamos delirando y pensando cosas raras y diciéndolas con las miradas; pero fue, me parece, al sexto día cuando Helmar dijo lo que los tres teníamos en mente. Recuerdo que nuestras voces sonaban resacas y débiles, así que teníamos que inclinarnos hacia los otros para ahorrarnos el esfuerzo de hablar. Yo me opuse con todas mis fuerzas, y dije que prefería barrenar el bote y que muriéramos los tres en las fauces de los tiburones que nos seguían; pero cuando Helmar dijo que, si aceptábamos su propuesta, tendríamos algo que beber, el marinero se puso de su parte.

En cualquier caso, yo no quise echarlo a suertes y, por la noche, el marinero no hacía más que susurrarle algo a Helmar; yo me acomodé en la proa con mi navaja en la mano... aunque dudo que hubiera tenido fuerzas para pelear. Por la mañana acepté la propuesta de Helmar y utilizamos una moneda de medio penique para decidir quién sería el sacrificado.

La mala fortuna recayó en el marinero, pero era el más fuerte de los tres y no estaba dispuesto a aceptar su suerte,

de manera que se abalanzó contra Helmar. Se enzarzaron en una pelea y casi se pusieron de pie. Yo me arrastré por el bote hacia ellos, con la intención de ayudar a Helmar, y agarré por una pierna al marinero, pero este se tambaleó con el balanceo, y ambos se precipitaron contra la regala y cayeron por la borda. Se hundieron como piedras. Recuerdo haberme reído por ello y haberme preguntado luego por qué me reía. La risa me sorprendió como si no fuera mía.

Me tumbé en una de las bancadas y allí estuve durante no sé cuánto tiempo, pensando que, si aún tuviera fuerza de voluntad, bebería agua del mar y enloquecería para morir cuanto antes. Y mientras estaba allí tumbado, vi, con el mismo escaso interés que si hubiera sido un cuadro, una vela que se acercaba a mí desde el horizonte. Seguramente estaba delirando y, sin embargo, recuerdo con mucha claridad todo lo que ocurrió. Recuerdo cómo mi cabeza se balanceaba con las olas y el horizonte, con el lejano velamen, danzaba arriba y abajo. Pero también recuerdo con la misma claridad que tuve la convicción de que estaba muerto y que pensé que era una broma absurda que llegaran tarde, y por tan poco, para encontrarme con vida.

Durante un tiempo interminable, o eso me pareció a mí, estuve tendido con la cabeza apoyada en la bancada, observando la goleta que danzaba sobre el mar: era un barco pequeño, con aparejos de vela a proa y a popa. Viraba de un lado a otro, en amplios giros de rumbo, porque navegaba contra el viento. En ningún momento se me ocurrió llamar su atención, y no recuerdo nada con claridad desde

que vi el flanco del navío hasta que me encontré en un pequeño camarote. Tengo un vago recuerdo de que me transportaban por una pasarela y de ver un gran rostro colorado, cubierto de pecas y rodeado de pelo rojo, que me miraba desde la borda. También tuve una impresión dudosa de un rostro oscuro que me miraba muy de cerca con unos ojos tremendos, pero siempre pensé que había sido una pesadilla hasta que volví a verlo. Creo recordar que me echaron algo en la boca. Y eso es todo.

CAPÍTULO 2

El hombre que no iba a ninguna parte

El camarote en el que me encontraba era pequeño y estaba bastante sucio. Un hombre de aspecto juvenil, con el pelo de estropajo, un hirsuto bigote pajizo y el labio inferior caído estaba sentado a mi lado y me sujetaba la muñeca. Durante un instante estuvimos observándonos mutuamente, sin hablar. Tenía los ojos grises y acuosos, con una extraña falta de expresividad.

Entonces, justo encima de nosotros, se produjo un ruido como si golpearan un armazón de hierro y luego se oyó el grave gruñido de algún animal grande. En ese mismo momento, el hombre volvió a hablar.

Repitió su pregunta:

—¿Cómo se encuentra?

Creo que dije que me encontraba bien. No recordaba cómo había llegado allí. Aquel hombre debió de ver la pregunta en mi cara, porque yo no podía articular palabra.

—Le recogimos de un bote... medio muerto. El bote llevaba el nombre de Lady Vain y había manchas de sangre en una parte de la borda.

En ese momento me fijé en mi mano, tan delgada que parecía una sucia bolsa de piel rellena de huesos sueltos, y entonces toda la historia del bote salvavidas volvió a mi recuerdo.

—Tome un poco más de esto —dijo el hombre, y me dio una dosis de una sustancia roja y helada.

Sabía como a sangre y me fortaleció de inmediato.

—Ha tenido suerte —dijo— de que lo rescatara un barco con médico a bordo. —Hablaba con una expresión babosa y una especie de ceceo.

—¿Qué clase de barco es este? —pregunté lentamente, con la voz rota debido a mi largo silencio.

—Es un pequeño mercante procedente de Arica y Callao. No se me ha ocurrido preguntar cuál es su puerto de origen. Del país de los idiotas, supongo. Yo también soy un pasajero, de Arica. El dueño de este barco, un bobo de remate, que es también el capitán, se llama Davis: ha perdido la documentación o no sé qué. Ya sabe qué tipo de hombre es... Llama a esto Ipecacuanha: de todos los nombres idiotas ha ido a escoger ese, aunque cuando hay mucha mar y poco viento, el barco tiene el mismo efecto que esa planta.

Entonces volvieron a reproducirse los ruidos de arriba: un agresivo gruñido y la voz de un hombre al mismo tiempo. Luego se oyó una voz diciéndole a algún «idiota desgraciado» que se estuviera quieto.

—Estaba usted a punto de morir —dijo mi interlocutor—. En realidad le faltaba muy poco. Pero le he dado una cosa. ¿Le duelen los brazos? Inyecciones. Ha estado inconsciente durante casi treinta horas.

Pensé en aquello detenidamente. Me distrajeron los ladridos de unos perros.

—¿Podría comer algo sólido? —pregunté.

—Gracias a mí —dijo—. El cordero ya está guisándose.

—Sí —dije con firmeza—. Creo que podría comer algo de cordero.

—Pero —dijo el hombre, con una duda momentánea—, ¿sabe?, me muero por entender cómo acabó usted solo en ese bote.

Me pareció detectar una cierta sospecha en su mirada.

—¡Malditos aullidos!

El hombre salió repentinamente del camarote y oí que mantenía una violenta discusión con alguien, que me pareció que le contestaba farfullando incoherencias. Me dio la impresión de que aquello acabó a golpes, pero en aquel momento pensé que mis oídos me engañaban. Luego gritó a los perros y volvió al camarote.

—¿Y bien? —dijo en el quicio de la puerta—. Estaba a punto de contarme...

Le dije cómo me llamaba, Edward Prendick, y cómo me había dedicado a la historia natural para huir del hastío de una vida regalada. Pareció que aquello le interesaba.

—Yo también me he dedicado un poco a las ciencias... Estudié biología en el University College de Londres: la extracción del ovario de la lombriz, la rádula del caracol y todo eso. ¡Dios mío! De eso hace ya diez años. Pero vamos, vamos: cuénteme qué pasó en el barco.

Evidentemente le satisfizo mucho la franqueza de mi historia, que yo narré con frases bastante breves —porque

me sentía espantosamente débil—, y cuando terminé, volvió enseguida al tema de la historia natural y sus particulares estudios de biología. Empezó a preguntarme con gran detalle por Tottenham Court Road y por Gower Street.

—¿Aún sigue abierta la tienda de instrumental científico Caplatzi? ¡Qué establecimiento tan extraordinario!

Era obvio que había sido un estudiante de medicina muy mediocre, y no tardó en cambiar de tema para hablar de las salas de fiesta. Me contó algunas anécdotas.

—Lo dejé todo hace diez años —dijo—. ¡Qué divertido era todo aquello! Pero cometí una tremenda estupidez... y abandoné los estudios antes de cumplir los veintún años. Me atrevo a decir que ahora todo es diferente... Pero tengo que subir a ver qué está haciendo ese zoque de cocinero con su cordero.

Los gruñidos de la cubierta continuaron, y tan repentinamente y con tanta furia salvaje que me sobresalté.

—¿Qué es eso? —grité, pero ya había cerrado la puerta.

Regresó luego con el guiso de cordero, y me emocioné tanto con el apetitoso aroma de la comida que olvidé de inmediato los gruñidos de aquel animal.

Tras un día alternando sueño y comida, me encontraba tan recuperado que me sentí con fuerzas para abandonar la litera y asomarme a la escotilla y ver las olas del verde océano que intentaban seguir nuestro paso. Me pareció que la goleta volaba con el viento. Montgomery —ese era el nombre del hombre con el pelo de estropajo— volvió mientras yo estaba plantado allí y le pedí alguna ropa. Me prestó algunas prendas marineras suyas, porque las que yo

llevaba en el bote, dijo, las habían tirado por la borda. La ropa de Montgomery me quedaba muy grande, porque él era alto y tenía unas piernas muy largas.

Dejó caer que el capitán estaba completamente borracho en su camarote. Mientras me ponía la ropa, empecé a hacerle algunas preguntas sobre el destino del barco. Dijo que la goleta se dirigía a Hawái, pero que él tenía que desembarcar antes.

—¿Dónde? —le pregunté.

—En una isla... en la que vivo. Por lo que yo sé, no tiene nombre.

Me observó con su labio inferior baboso y colgante, y me pareció que de repente se hacía el bobo con tanto descaro que se me pasó por la cabeza que lo fingía para evitar mis preguntas. Tuve la prudencia de no hacer más.